

LIBROS

LECLERCQ, Jean, *“La vida perfecta”*, Edit. Herder, Barcelona, 1965. Traducción española por Enrique Martí Lloret de la obra de Jean Leclercq, osb, *“La vie parfaite”*, Éditions Brepols S.A., Tournai, Bélgica, 1948.

El lector puede preguntarse por qué hacemos esta referencia a un libro editado en 1948 cuya edición española apareció en 1965.

Tanto se ha escrito sobre este tema y, por otra parte, su autor es tan conocido por sus escritos que nuestra recensión parecerla inútil.

Creemos, sin embargo, que es muy de actualidad por su contenido y quizás para algunos lectores de “Cuadernos Monásticos” les agrade saber que este libro está traducido al español.

A medida que avanza el período post-conciliar vemos delinearse con más relieve dos mentalidades y aspiraciones. Por una parte los que quieren quedarse en la superficie y buscan, quizás sin pensarlo, doctrinas que halaguen sus oídos, y, por otra parte, aquellos que buscan la Verdad, desentendiéndose de las apariencias que pasan para ahondar en la sana tradición y en la fe inmutable de la Iglesia siguiendo su magisterio.

Nuestro vivir cotidiano de cristianos tiene una faz que podríamos llamar externa aun en sus manifestaciones religiosas: lo que vemos, lo que oímos, lo que palpamos a través de la jerarquía de la Iglesia, de sus Pastores, de sus sacramentos y de sus fieles.

Esto es “un” aspecto de la Iglesia, pero ella tiene también la otra cara, la otra faz y esa no la vemos. Es el misterio de la Iglesia escondido en el mandato de Cristo de salvar a todos los hombres, es lo que no vemos en los sacramentos, es lo que no podemos medir en su Liturgia ni en la “santidad” de sus miembros.

El A. de “La vida perfecta” nos muestra este rostro escondido de la Iglesia quien vela constantemente para que siempre resplandezca y dé vida a la comunidad eclesial.

Con una prudente y sabia investigación, el A. abre para los estudiosos grandes horizontes sobre el tema por medio de las innumerables citas que suponen una densa bibliografía.

Para quienes no pueden dedicarse a ello, nos pone ante la vista lo inesperado, para algunos, casi lo absurdo.

En estos tiempos, hablar de monjes y atreverse a decir que ese es el ideal más elevado y que el canto litúrgico de los monjes es propio de las criaturas más elevadas?

Por eso será oportuno poner sobre aviso al lector puesto que el primer capítulo comienza con “la vida angélica”.

Si, con toda sencillez de corazón y de espíritu, abrimos el Evangelio o tomamos el catecismo de nuestra infancia encontraremos que el “primer” mandamiento es: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente” (Lc 10,17).

Esa es nuestra vida y ocupación primera en la tierra, si somos auténticos cristianos, y ese será el camino

que nos lleve a todos, como individuos y como pueblo de Dios, a la posesión de la vida eterna, necesidad, anhelo y vocación de todo hombre.

En “la vida perfecta” encontramos cómo, a través de los siglos y hasta hoy (y con gran pujanza) la vida monástica vive este ideal, es testimonio de aquella bienaventuranza que nos espera, es sostén para sus hermanos mientras luchan en este mundo, a pesar de las imperfecciones de los monjes que no son ángeles, pero, sí “son corpóreos y no carnales” (p. 43).

Y así, jalonando los distintos aspectos de esa vida que alimentó a las cristiandades durante siglos, el A. nos señala los deberes primordiales del cristiano hasta que sea restaurada en nosotros la imagen de Dios en el Amor.

Abadía Santa Escolástica